

Entre Misterios

Cada tarde, a las seis en punto, nos reunimos a rezar el Santo Rosario. La dinámica siempre es la misma, en la pequeña capilla del convento, la que tiene los detalles de oro y madera, en donde la imagen principal es la Virgen María vestida de luto quien en sus cansados ojos muestra la tristeza más profunda. Es como si con la mirada pudiera escudriñar a las personas y adivinar sus inexorables sufrimientos. O tal vez su aflicción es por el hombre que pende de una cruz, que soporta su propio peso en las extremidades, que agoniza, que sangra y, según lo que nos han contado, cada año se sacrifica nuevamente para perdonar todos nuestros pecados.

La madre superiora elige a diez alumnas para que guíen los rezos y cánticos. En una cajita de cristal guardo el rosario que mi abuela me obsequió, traído desde la Santa Sede. Todas hacemos la señal de la cruz. Para hacer más llevadero el ritual y terminarlo sin dormirnos, varias de nosotras competimos para ver quién dice las oraciones más rápido y sin tropezar entre Misterios. La solemnidad del rito termina llegado el anochecer.

En una de aquellas noches y pese a que ya quería ir a mi habitación, era imperativo regresar por mis cuadernos para evitar que al día siguiente me castigaran como la última ocasión en la que me mandaron a mirar a la pared, extendiendo los brazos para compartir un poco del dolor de Dios y a reflexionar sobre mis responsabilidades. Las correcciones eran cotidianas y, aunque me acostumbré a sobrellevarlas, en el fondo, no era capaz de sentir algún tipo de arrepentimiento.

El reloj marcaba las diez y mi escepticismo y yo caminábamos por uno de los pasillos más carentes de luz del convento que llevaba al salón principal. De repente, un helado susurro que rondaba los pasillos, viajó a través de la brisa, llegó a mi oído, recorrió lentamente mi columna vertebral y se hospedó en mí.

Nerviosa, apresuré el paso y con la terrible sensación de sostener una mirada en el cuello, giré para asegurar que nadie me seguía.

El pasillo era como un páramo envuelto en una neblina.

Al volver la mirada al frente, súbitamente quedé inmóvil ante la penumbra que habitaba una mujer flotante, vestida de blanco traslúcido, sin rostro, con una cabellera larga tejida de alientos y miedos.

Su presencia provocó tal angustia y desesperación que socavaron lo que me quedaba de entereza. Las oraciones se encontraban errantes en algún lugar lejano, porque no las pude recordar.

Horrorizada entre apresuradas pulsaciones, quise gritar para pedir ayuda, pero, al vocalizar, el sonido se evaporó en el viento dejando una gran pesadez en mi pecho. El espectro me miró a los ojos, destruyó el rosario, extendió su palma, tocó mi aura y mi aliento se alojó en su cabellera; entonces desapareció.

De inmediato, en cuanto pude moverme corrí sin mirar atrás hasta llegar a la habitación que compartía con mi hermana. Ella estaba dormida y yo la abracé muy fuerte, sin embargo, no sintió mi abrazo, que ya era traslúcido.

Ancestro en Óleo